

CAPITULO XLVI.

Nuevos enemigos.



uso en conmoción á todos los habitantes de Pánuco la desaparición de Litzajaya, dadas las condiciones de su calabozo, del cual no había podido salir sino de una manera sobrenatural.

No faltó quien atribuyera á los teopixques, sus guardadores, la libertad de que gozaba.

Pero al rumor que se levantó contra ellos contestaron con pruebas, declarando que momentos ántes de llegar á buscarla la habían visto personas de toda la confianza de Nazatcotlan.

El nuevo cacique sabía que Litzajaya era una poderosa enemiga, y quiso á toda costa buscarla para deshacerse de ella.

Envió emisarios en todas direcciones para que averiguasen su paradero, y lo único que pudo saber fué que ninguno de los habitantes de los alrededores de la ciudad la habían visto.

Aquella misteriosa desaparición preocupaba fuertemente los ánimos, y el pueblo, que es supersticioso siempre, y más cuando es idólatra, empezó á atribuir milagro de los dioses la salvación de la esposa de Naothael.

Aquel día debía ser un día de emociones.

Aguardaba Nazatcotlan noticias de Litzajaya, cuando Aizo se presentó á su vista profundamente alarmado.

—¡Ah! Señor, exclamó, ocurren grandes novedades.

—¿Qué pasa? preguntó con gran impaciencia Nazatcotlan.

—Nos han tendido una emboscada.

—¿Quiénes?

—Los españoles.

—Explicate.

Es cierto que los vimos partir hace poco, y que creímos vernos libres de ellos. Pero su marcha era simulada. Por fuerza deben permanecer cerca de Pánuco, aguardando á que lleguen sus compañeros para realizar sus siniestros designios.

—No te comprendo. ¿De qué compañeros hablas?

—Señor, dijo Aizo, acaban de llegar á la costa de Pánuco, casi desde la azotea de vuestro palacio podeis verlas, cinco embarcaciones monstruosas, como nunca las hemos visto por aquí, y en canoas han salido de ellas muchos soldados como los españoles, deteniéndose á la orilla, sin duda á aguardar órdenes de Velazquez de Leon.

Nazatcotlan, sobrecogido al oír aquella noticia, subió acompañado de Aizo hasta la elevada azotea de su palacio, y divisó en efecto á muy corta distancia de la ciudad, en la costa, cinco naves con la bandera española.

Inmediatamente reunió á su consejo, que dió cuenta de lo que pasaba, y sometió á su deliberación el partido que tomaría en aquellas circunstancias.

Por de pronto acordaron reunir todas las fuerzas de que podía disponer Nazatcotlan para distribuirlas convenientemente.

La mitad saldría á la playa al encuentro de los que con tanta osadía, y sin previa licencia de Nazatcotlan, invadían su territorio.

Las demas saldrían por la puerta de tierra al encuentro de las tropas de Velazquez de Leon, las que sin duda alguna, á juzgar por las sospechas de todos, acudirían en auxilio de sus compañeros.

Una hora despues estaban en movimiento las tropas, y Nazatcotlan avanzaba al frente de ellas y se dirigía á la playa.

El pueblo se olvidó de Litzajaya y de su desaparición, para ocuparse de aquel nuevo y temible incidente.

Los españoles vieron acercarse en actitud amenazadora á los soldados de Pánuco, y como era natural, volvieron á embarcarse en las canoas y se retiraron á bordo.

Nazatcotlan llegó hasta la misma orilla, y desde allí sus soldados desafiaron á los españoles, segun su costumbre, es decir, con un discordante y atronador vocerío.

Por toda respuesta disparó cada uno de los buques un cañonazo, argumento que obligó á los de Pánuco á retirarse en tropel, porque las balas abrieron brecha en sus filas.

Nazatcotlan se retiró á Pánuco con sus huestes, dejando espías para que le anunciaran la actitud que tomaran los extranjeros.

—¿Qué hacemos, señor, en esta actitud? le preguntaron sus ministros.

Nazatcotlan les contestó que al día siguiente les participaría su resolución.

El riesgo que corria su independencia necesitaba un pronto y enérgico remedio, y el cacique pasó toda la noche meditando el partido que debería tomar.

Al día siguiente llamó á sus consejeros y les participó el plan que habia concebido.

—Conviene que pasemos á los ojos de los extranjeros como cobardes, les dijo. Hoy aguardarán sin duda alguna á que volvamos á presentarnos, y como no lo haremos, se envalentonarán. En cuanto anochezca es necesario que vayan á la playa trescientos ó cuatrocientos soldados, que aprovechando la oscuridad de la noche caven en la arena agujeros y pongan sobre ellos ramas, y encima tierra para disimularlos.

Los españoles se atreverán mañana, al ver que hoy no acudimos, á desembarcar, quizás con ánimo resuelto á llegar hasta la ciudad, y á luchar con nosotros.

Pero como al llegar á tierra ciento quedarán sepultados, los demas huirán, nuestra gente estará prevenida, nos apoderaremos de los que hayan caido en esos cepos, y sabremos á qué atenernos.

Este plan pareció excelente á los consejeros de Nazatcotlan, y lo siguieron al pié de la letra.

Los espías declararon que durante la noche no habian oido ruido, ni habian visto que los extranjeros tratasen de saltar en tierra.

Al día siguiente permaneció desierta la plaza.

Ninguno de los tripulantes de los buques abandonó su puesto.

Por la noche, á favor de la oscuridad, fabricaron los cepos los soldados de Nazatcotlan, y ántes de que amaneciera volvieron á ocultarse tras de las casas más próximas á la playa.

Las esperanzas de Nazatcotlan no se realizaron del todo.

En vez de saltar á tierra gran número de soldados españoles, vieron que en un esquife llegaron á la plaza doce soldados y un oficial.

Antes de saltar en tierra observaron con el mayor cuidado para ver si habia alguien, y creyendo completamente libre el campo, clavaron un remo en la arena, amarraron á él la barquilla y comenzaron á andar en direccion de la ciudad, ostentando uno de ellos una bandera blanca, como para indicar que iban de paz á parlamentar con los habitantes de la ciudad.

A pocos pasos se hundieron tres en los cepos, hábilmente formados por los indios.

Los demas, al ver aquello, desearon retroceder; pero de los nueve cinco más quedaron cogidos en el lazo.

Los cuatro restantes iban á acudir en auxilio de sus compañeros, cuando vieron acercarse á los cepos á todo escape á multitud de indios, y para salvar su vida corrieron al esquife, y á fuerza de remo llegaron hasta donde estaban las embarcaciones.

Instartáneamente rodearon los cepos, de donde pugnaban por salir los españoles, más de cuatro mil indios, que entregados á una frenética alegría, saltaban y bailaban en torno de aquellos lazos, manifestando de este modo su júbilo por tener en su poder á los extranjeros.

Sacáronlos de allí, y cogiéndolos en brazos, se dirigieron con ellos á la ciudad.

Cuál no sería su asombro al ver que uno de los prisioneros, hablándoles en un idioma muy parecido al suyo, les dijo:

—Lo que habeis hecho puede costaros caro. No venimos á luchar con vosotros, sino á pedirnos algunas noticias que necesitamos para seguir nuestro viaje. El lazo que nos habeis tendido irritará á nuestro jefe, el cual, desesperado, desembarcará á todas sus tropas y asolará vuestra ciudad.

El que hablaba de este modo era un escribano, llamado don Lope Barbadillo, hombre ya de edad, que habia acompañado á Cristóbal Colón en su último viaje á Santo Domingo, y habia aprendido perfectamente los varios dialectos de los indios.

Por esta razon habia acompañado á los españoles que habian desembarcado para conferenciar con los de Pánuco, con el objeto de servirles de intérprete.

Entre los prisioneros habia uno, al parecer muy jóven, barbilampiño y tan tímido y apocado, que al verse rodeado de indios, al oír sus salvajes gritos y al ver que trataban de apoderarse de él, se desmayó.

Los prisioneros fueron conducidos á la presencia de Nazatcotlan.

Todos los habitantes de Pánuco celebraron aquel suceso, y acudieron á la plaza donde se levantaba el palacio del cacique, ávidos de saber el castigo que iba á imponer á los extranjeros por su atrevimiento.

CAPITULO XLVII.

Donde despues de asistir el lector á muchas peripecias halla un antiguo personaje.



AZATCOTLAN quiso dar una gran idea de su poderío á los españoles, y se presentó á su vista rodeado de todos sus consejeros y de multitud de indios armados.

Los prisioneros quisieron á su vez mostrarse altivos ante el cacique, y el oficial que estaba entre ellos, don Luis de Figueroa, encargó á Barbadillo que se mostrase enérgico y protestase contra el acto que habian cometido los de Pánuco.

—¿Qué puede suceder, les dijo, que nos sacrifiquen? Antes es posible que acudan en auxilio nuestro, y si esto no sucede, al ménos moriremos con honra y dando una alta idea de nuestro valor á esta gente.

El bueno de Barbadillo se habia visto ya muchas veces en situaciones críticas, y tenia una gran serenidad.

Solo entre los soldados españoles llamaba la atencion por su abatimiento el más jóven, el barbilampiño, al cual sus camaradas animaban, diciéndole:

—¿Por qué has querido venir? Los niños no se mezclan nunca con los hombres. Si no te muestras fuerte, nosotros seremos los primeros en castigarte.

El jóven sacaba fuerzas de flaqueza; pero no podia ocultar su emocion.

Nazatcotlan se alegró en extremo al saber que uno de los prisioneros conocia su idioma, y por lo tanto, pudiendo entenderse con él:

—¿Cuál de vosotros, dijo, es el que sabe nuestra lengua?

—Yo, contestó Barbadillo, adelantándose con desenfado.

Pues tú vas á decirme inmediatamente por qué razon os habeis atrevido á pisar nuestro territorio, cuál es el objeto de vuestro viaje aquí, quién manda esos navíos, de donde venís, y qué planes son los que hasta aquí os traen.

—Muchas preguntas son esas, dijo Lope; pero tengo buena memoria, y no las olvidaré. Dispuesto estoy á responder á todas.

—Habla.

—Hemos pisado vuestro territorio, porque así nos lo ha mandado nuestro jefe y porque en todos los países, hasta en los de los caribes, los caciques ó reyes que no son cobardes, no tienen inconveniente en recibir á las personas que con el símbolo de la paz se acercan á saludarles, y acaso á ofrecerles sus servicios.

El objeto de nuestro viaje fué saludaros en nombre de nuestro jefe, y pedir os algunas noticias que le importaba saber.

Nuestro jefe es el ilustre capitán don Francisco de Garay.

Venimos desde Santo Domingo, donde ya sabreis mandan los españoles, y nuestros planes no son otros que los de buscar á un capitán compatriota nuestro, que debe estar en México, y que se llama Hernan Cortés.

—Has contestado á mis preguntas sin satisfacer mi curiosidad, dijo Nazatcotlan, y para que veas que yo conozco vuestros designios, voy á revelártelos.

—Gran placer me dareis, dijo Barbadillo, porque en ese caso podré decir á mis compañeros que hemos llegado á una tierra de adivinos.

—No te equivocas. Vosotros habeis venido aquí á apoderaros de Pánuco, como Hernan Cortés se ha apoderado de México.

Contábais con el apoyo de uno de sus capitanes, que ha per-

manecido aquí algun tiempo esperándole, y que para no suscitar sospechas se ha alejado, aunque quizás no mucho.

No conozco á vuestro jefe ni quiero conocerle; pero no tardará en saber que sus esperanzas no pueden realizarse.

El cacique de Pánuco no es tan débil como los de Zocotlan y Zempoala.

No tiene remordimientos que le confundan como el emperador de México, y cuenta con fuerzas suficientes para aniquilar á todos los españoles, que poniendo el pié en su territorio, tratasen de arrebatarle su independencia.

—En cuanto á vosotros, vais á ser inmediatamente juzgados por mi consejo.

Mi voluntad es que todos seais sacrificados en aras de los dioses para escarmiento de vuestros compañeros.

Don Lope Barbadillo comunicó aquella triste nueva á sus compañeros, y Nazatcotlan, que los observaba, no pudo ménos de admirarse al ver la actitud enérgica que tomaron los españoles al saber su sentencia.

Mandó que los retiraran, y quedándose á solas con sus consejeros, deliberó con ellos acerca del castigo que debería imponérseles.

—Aunque estoy resuelto á que todos perezcan, dijo, desearia salvar á dos de ellos.

—Designadlos, exclamó uno de los ministros.

—¿No habeis vistos entre esos ocho hombres uno jóven, casi un niño, de rostro melancólico, que parecia asustado en mi presencia, que no se atrevia á fijar sus ojos en mí? Pues á ese quiero salvarle.

—Digno es de un generoso corazon ese acuerdo. ¿Y quién es el otro?

—El otro es el intérprete de los españoles, y conviene perdonarle para despertar en su alma hácia nosotros la gratitud. Puede sernos muy útil para descubrir los planes de los extranjeros.

Gracias à las intenciones manifestadas por Nazateotlan, fueron indultados el soldado jóven y don Lope Barbadillo.

Los demas fueron encerrados en un calabazo.

A la prision, sin embargo, fueron conducidos tambien Barbadillo y el soldado que tan vivas simpatías habia inspirado á Nazateotlan.

Quería el cacique que viera de cerca el peligro, y que pudiera agradecerle por aquella razon mucho más el beneficio que se proponia dispensarles.

—Los prisioneros, dijo, serán conducidos al templo, degollados y quemados en el ara. Sus cabezas las depositamos en la plaza, para que las vean sus compañeros y se horroricen.

El sacrificio debia verificarse al dia siguiente, cuando los espías anunciaron que habian notado mucho movimiento en las embarcaciones, y todo anunciaba una próxima invasion de los extranjeros.

Para atemorizarlos no habia mejor medio que el que habia ideado Nazateotlan.

¡Qué noche tan horrible pasaron los ocho españoles aguardando por momentos que llegaran los verdugos para conducirlos al suplicio!

—Cuando nos embarcamos, decia don Luis de Figueroa, no hubo uno de nosotros que pensara volver á tierra. Ademas, los que como nosotros van á conquistar lejanos países, deben estar seguros de hallar la muerte. Pero esta poco debe importarnos; tenemos fe, tenemos religion, y con estas dos virtudes hay valor suficiente para soportar la desgracia.

Animando á sus compañeros pasó la noche, y á la madrugada se quedó dormido.

Los demas hicieron otro tanto.

Solo el soldado jóven estaba despierto.

La idea de la muerte le horrorizaba.

Por la mañana entró uno de los ministros de Nazateotlan á

anunciar á los prisioneros que poco despues irian á sacarles de allí para llevarlos al templo, donde serian inmolados.

Esta noticia les consternó.

—¡Animo! dijo Figueroa. Empleemos el tiempo que nos queda de vida en ponernos bien con Dios por los pecados que hemos cometido.

Pensad en que nuestros hermanos han de vengarnos; demos ejemplo á nuestros enemigos, seamos fuertes; que vean que la muerte no nos intimida, para que adquieran mayor prestigio á sus ojos los españoles, y se dejen conquistar con más facilidad.

Pusiéronse á orar, y poco despues entraron los soldados acompañados de los teopixques y sacerdotes para conducirlos al ara.

—Ya estamos todos dispuestos, dijo Barbadillo.

—Para tí hay perdon, exclamó uno de los sacerdotes.

—¿Para mí?

—Sí; para tí y para ese jóven. Nazateotlan es demasiado generoso, y no quiere sacrificar á un niño.

—Pues si mueren mis compañeros, yo he de morir con ellos, dijo Barbadillo.

Ante esta declaracion hizo una señal el sacerdote à los soldados, los cuales, lanzándose sobre don Lope y sobre el soldado jóven, los sujetaron en tanto que los otros sacaron á los prisioneros y los condujeron al templo.

A pesar de los esfuerzos que hizo Barbadillo para librarse de los indios que le sujetaban, no pudo conseguirlo.

Rendido de luchar con ellos, se dejó caer, y aprovechando aquella circunstancia los que le vigilaban, se alejaron, dejándole encerrado.

Barbadillo estaba furioso.

—No; pues lo que es yo, he de seguir la misma suerte que mis compañeros. En tanto que ellos mueren asados en el ara, yo me romperé la cabeza contra las paredes.

—¡Don Lope! ¡Don Lope! dijo el soldado jóven, postrándose

se de hinojos ante él. La Providencia me ha oído; respetad sus fallos: vos teneis que vivir para mí, porque os necesito.

—¿Qué es lo que estais hablando?

—Oídme por piedad una revelacion que tengo que haceros.

—¿Tú? dijo don Lope sorprendido.

—Yo, sí.

Instantáneamente cruzó una idea por la imaginacion de Barbadillo. Sus ojos se fijaron en los del jóven, y los encontró llenos de lágrimas.

—¿Y tú eres un soldado? exclamó. ¿Y tú lloras?

—Yo soy una mujer.

—¿Tú?

—Sí; oíd ahora la revelacion que voy á haceros, y comprendereis que la Providencia os ha puesto á mi lado, que aun debeis vivir para mí.

El soldado á quien conocian todos sus compañeros con el nombre de Juan Torralva, era, como comprenderán nuestros lectores, la esposa de Hernan Cortés.

Rebeló este secreto á Barbadillo, confiándole al mismo tiempo los motivos que le habian impulsado á abandonar la casa de los padres de su esposo, á tomar aquel disfraz, á embarcarse para las Indias y á pedir á don Diego Colon que la alistase en la expedicion que iba á emprender Francisco de Garay para buscar á Hernan Cortés.

La narracion de las desventuras de Catalina conmovió fuertemente á Barbadillo, y enjugando sus lágrimas:

—Tranquilizaos, señora, le dijo; yo ignoro la suerte que me está reservada; pero os juro bajo mi palabra de honor, ayudadros á realizar vuestros designios, á emplear todos los medios que me sugiera mi imaginacion para obtener que nos perdone la vida el cacique de Pánuco.

Apénas termininó este diálogo entre Catalina y Barbadillo, se presentaron dos ministros de Nazatcotlan con órden de llevar á los prisioneros á la presencia de su amo.



¿Y tu eres un soldado?—exclamó—¿Y tu lloras?